

mo he dicho, no veian el semblante de Moysés sino baxo de un velo; pero nuestra condicion es mucho mas favorable, pues vemos claramente y sin velo alguno la gloria y el poder del Padre Eterno en el Evangelio de su Hijo. No queda cerrado y oculto este conocimiento despues de haber dissipado las tinieblas, sino que sus luces salen fuera de nosotros, y se esparcen sobre los demás à quienes iluminamos con nuestras instrucciones y con nuestros exemplos. Dios nos levanta hasta sí cada dia, y nos hace conocer algo de su grandeza: despues, à nuestro modo de decir, somos transformados en él en esta vida; y despues de haberlo contemplado en el espejo de la fé y de las cosas criadas, se muestra todo entero en la gloria. Pero si llegamos à esta perfeccion, es porque nos conduce el Espíritu Santo.

CAPITULO IV.

ARGUMENTO.

EN este capitulo hace ver que no ha hecho cosa alguna contra la dignidad de su ministerio, y que ha obrado con toda la sinceridad: que ha apartado todas las ocasiones de escandalizar à los fieles, y ha predicado por la gloria de Dios, y no por la suya. Esta verdad la prueba por los continuos trabajos que ha tenido que sufrir, à los quales llama un llevar por todas partes la muerte de Jesuchristo: y concluye diciendo, que todo quanto se puede padecer en el mundo, se debe contar por nada en comparacion del premio que nos espera.

PARÁFRASIS.

Habiendo sido ensalzados à este ministerio por sola la misericordia de Dios, y no por nuestros meritos, procuramos desempeñarlo con la mayor atencion y zelo. No nos acobardan las persecuciones, ni tormentos: no huimos el trabajo: no sabemos qué cosa sea encubrir una conciencia manchada de mil culpas con la capa de piedad. Nosotros caminamos sin artificio en la publicacion de la verdad, ni alteramos jamás la palabra divina con nuestras invenciones, ni con la mezcla de una doctrina extraña. Finalmente, nuestra vida está expuesta à la vista y al juicio de los hombres, de cuya aprobacion no hacemos tanto caso, que no pensemos en agradar à Dios, que lee nuestros corazones, y no quiere ser solamente alabado con los labios. Me parece que anunciando el Evangelio de esta suerte, debian abrazarlo todos los que lo oyen; pero se ve con frecuencia, que en vez de creerlo permanecen obstinados en su error, y perecen desgraciadamente. Mas si me pedis la razon de esto, no os puedo responder, hermanos muy amados, otra cosa sino que Dios por un justo juicio, pero oculto, permite que los infieles de este siglo permanezcan en sus tinieblas y en su incredulidad; y que el Evangelio, en que la gloria de Jesuchristo, que es la imagen de Dios su Padre, resplandece tanto, no esparza alguno de sus rayos sobre sus almas. Pues si nosotros somos verdaderamente dignos de la calidad de Apostoles, es para hacer que se adore la grandeza de Jesus, y por esta predicamos, no para adquirirnos aprecio y estimacion. Tan lejos está que tomemos con altaneria el titulo de Maestros, que antes bien por el con-

trario nos llamamos vuestros siervos en Jesus y por amor de Jesus. En efecto, Dios que al principio del mundo sacó la luz de las tinieblas, se nos ha dado à conocer por medio de su único Hijo, y ha disipado de nuestro entendimiento las tinieblas que lo ofuscaban, para que nosotros hiciésemos que resplandeciese la misma luz en vuestros corazones, y para que aprendiéseis de nuestra boca, que nuestro Señor Jesuchristo, por cuya autoridad hablamos, baxó del Cielo para sacaros de la esclavitud del pecado: que este sol disipa todas las tinieblas de la ley antigua, y que solo se han de buscar las riquezas en sus tesoros, el refrigerio en su sangre y la vida en su muerte. Puede ser que alguno se admire de que un tesoro tan precioso esté encerrado en vasos de tierra, quiero decir, que los que exercitan tan alto y excelente ministerio como es el del Apostolado, estén sujetos à las enfermedades comunes de la naturaleza, y à tantas persecuciones è injurias; pero Dios lo ha ordenado asi para que la grandeza de su poder resplandeciese en la flaqueza de aquellos, y para que el instrumento no se pudiese atribuir con alguna verisimilitud la gloria que solo es debida al operario. Nosotros somos atormentados de todos modos, y la malicia de los hombres es ingeniosa en discurrir nuevas invenciones para dañarnos; pero no es tan grande la violencia de nuestros dolores, que nos quite la tranquilidad del espíritu. Nosotros nos hallamos sin amigos, sin consejo, sin asistencia, y nos faltan otras cosas necesarias para conservar la vida; pero ño por esto estamos abandonados, ni nuestra miseria será capaz de arrancar de nuestra boca la menor queja. Son tales las persecuciones que padecemos, que parece debiamos ceder à ellas: pero Dios, que no

nos abandona, nos saca victoriosos. Caemos en los precipicios, pero no recibimos mal alguno. Somos despreciados de todo el mundo; pero no hacemos caso de todo quanto la tierra llama honor. No nos entristecen ni avergüenzan los desprecios, ni las afrentas de los malos; pero no somos tan temerarios que lleguemos à creer que procedan de nuestras fuerzas estos maravillosos efectos de constancia. No tenemos en ellos sino una pequeña parte. Nuestra vida está sujeta à tantas miserias, para que dándonosos la fuerza de sufrirlas se manifieste su misericordia y su poder. Además de esto, siempre que somos expuestos à la muerte por la defensa del nombre de Jesus, somos tambien librados por él: y quando recordamos las fuerzas, al paso que se creia haberlas totalmente perdido, ¿no obligamos con ello à los que podrian dudar de la resurreccion de nuestro Señor, à que confiesen que vive quien obra por nosotros tan grandes milagros; y que asi como nuestra muerte es imagen de la suya, tambien su vida es imagen de la nuestra? Nuestros tormentos os son muy utiles à vosotros, porque nuestros espantos y consternaciones, nuestras persecuciones y las penas que sufrimos, os conducen al conocimiento de la fè: y nuestra muerte temporal, que os confirma en esta fè, os dá una vida eterna. Pero la esperanza de ser algun dia premiados, dulcifica la amargura de estos trabajos; porque como decia David: *To invoqué à Dios en mis necesidades; porque creí que me podía socorrer; y esperé salir de mis trabajos, porque él habia prometido librarme de ellos.* Por lo qual sintiendo en nosotros las seguridades de este mismo espíritu por quien era inspirado este gran Profeta, predicamos con valor el Evangelio de Jesuchristo, y padecemos por su gloria,

ria, porque creemos firmemente que Dios que lo ha resucitado nos resucitará tambien à nosotros, y hará que gozemos con vosotros de una felicidad eterna. Si él nos llama à la dignidad del Apostolado, lo hace para que trabajemos en vuestra instruccion; y si nos hace salir victoriosos de aquellos que nos asaltan, lo hace para confirmaros en la fé que habeis recibido; y si nos colma de gracias, lo hace para que las comuniquemos à muchos, y éstos lo glorifiquen. Esta esperanza, digo, es la que impide que quedemos agoviados baxo el peso de las penas y trabajos. Y aunque el hombre exterior, esto es, el cuerpo sienta dolores violentos, y le parezca que vá à morir, el alma siente ciertos regocijos que no se pueden explicar, y se fortifica y recibe de día en día una nueva vida. Esta es una verdad sublíme que podemos comprehender si no seguimos el juicio de nuestros sentidos, y si pasamos de la contemplacion de las cosas sensibles à la meditacion de aquellas que exceden la capacidad de los sentidos. No hay cosa alguna sobre la tierra que merezca nuestra atencion, y menos nuestro afecto: porque todo quanto en ella se aprecia no es mas que un falso y fragil resplandor. Solo las riquezas del Cielo son eternas, y no obstante lo precioso de ellas, no nos cuestan sino unos ligeros y cortos dolores, que aqui se sufren por el nombre de Jesuchristo, que paga una lágrima y una gota de sangre derramada por él con un tesoro indefectible de gloria, y con un torrente de deleytes que jamás se acabará.

CAPITULO V.

ARGUMENTO.

EN el principio de este capitulo trata la misma materia que en el antecedente, y llama à esta vida un destierro y una peregrinacion, que nos separa y aleja de Dios. Muestra que el mayor deseo de un alma santa es el de unirse al principio de toda bondad, y que los que lo aman desean con ansia dexar su propio cuerpo, no por odio que le tengan, sino por una amorosa impaciencia de gozar el Sumo Bien. Despues trata de la estrecha cuenta que se ha de tomar de nuestras acciones, y dice que cada uno recibirá el premio segun sus obras. De aqui pasa à hablar del afecto que profesaba à los Corinthios, y protesta que todas sus acciones tienen por mira su salvacion. Si se alaba, lo hece para que puedan decir que han tenido un buen Maestro, y puedan responder à los falsos Apostoles que lo calumniaban: y si se reprehende à sí mismo, lo hace para acomodarse à la flaqueza de los que lo acusasen de vanidad en su alabanza. Confiesa que el exemplo del amor que Jesuchristo ha manifestado à los hombres, ha producido en él la caridad para con los Corinthios. Y de aqui toma ocasion de decirles que el Hijo de Dios ha muerto por ellos para que vivan en él, y que por el Bautismo han sido hechos nuevas criaturas: que el Padre nos dió à Jesuchristo para reconciliarnos consigo, y que los Predicadores han sido deputados por él para anunciar esta reconciliacion.

PARÁFRASIS.

NO tememos, pues, exponer nuestra vida, ni perderla; porque sabemos que por esta terrena habitacion en donde el alma está encerrada, esto es, por este cuerpo sujeto à tantas miserias, que se desmo-

rona y arruina con los tormentos, nos ha preparado Dios un palacio en el Cielo, el qual no siendo fabricado por algun hombre, no está por lo consiguiente sujeto à ruina alguna. La esperanza de esta feliz morada, y el deseo de ser vestidos de inmortalidad, que no nos puede faltar si en el instante de nuestra muerte en que se dá, no se nos hallase desnudos de buenas obras, sino vestidos de inocencia y de santidad, nos hace que estemos en un continuo gemido suspirando por ella. Y si nuestra alma desea quedar libre del cuerpo, no es porque desee una eterna separacion de él, antes bien lo desea para volverse à unir à él con mayor utilidad; y para que volviendose de corruptible inmortal, sea compañero de su gloria, como lo ha sido en sus trabajos. Dios, que nos ha criado para gozar tan excelente bien, nos ha comunicado las gracias del Espiritu Santo como en señal y prenda segura de ello: y entre las mas particulares se debe contar esta constancia, que nos hace despreciar las cosas que se tienen por mas terribles. En efecto, el deseo que tenemos de separarnos del cuerpo para gozar de Dios, proviene de la doctrina del Evangelio, que nos enseña que mientras vivimos sobre la tierra somos peregrinos, y que la vision beatífica, ò de Dios, es nuestra soberana felicidad, à quien ahora solo vemos à medias, y baxo del velo de la fé. Esta creencia, digo, nos dá un valor tan grande, que nos hace trabajar con todas nuestras fuerzas para hacernos gratos à los ojos de aquel que nos ha de coronar, ya sea llevando con nosotros este cuerpo miserable, ò ya sea dexandolo. Porque así como estamos ciertos que Jesuchristo nos tiene preparada una herencia de gloria y de felicidad, sabemos tambien que quiere nos hagamos dig-

dignos de ella, y que todos los hombres comparezcan en su tribunal para dar cuenta de sus buenas ò malas obras, y para recibir, despues de un tan riguroso exámen, las penas ò premios debidos. Confieso que temo este juicio; y os exhorto á que imprimais este mismo temor en vuestro espíritu, para que no caigais en las manos de este tremendo Juez. El temor de este dia terrible, hace que procure cumplir con toda diligencia las obligaciones de mi ministerio, y que no os dé motivo alguno de ofensa, ò de escándalo. Dios solo, que lee en nuestros corazones, conoce perfectamente la sinceridad de mis intenciones, y que he cumplido con mi obligacion, como yo pienso. Sin embargo de esto, me atrevo à decir que tambien lo sabeis vosotros: no lo digo para gloriarme, sino para daros motivo de gloriaros en mí, y subministraros pruebas con que podais responder y reprimir la insolencia de aquellos que colocando su gloria en las apariencias de la virtud, no cuidan de adquirirse una sólida reputacion, ni de reformar su corazon. Por vuestra salvacion anhelo: y si hablo alguna vez à mi favor pareciendo que pase los términos de la razon, lo hago para impedir que no paiseis del desprecio del Ministro al del ministerio; pero si me muestro moderado en mis alabanzas, lo hago para enseñaros la humildad y la modestia. Finalmente, se deben atribuir al amor que profesamos à Jesuchristo todos los movimientos y raptos extraordinarios que hacemos aparentemente, que nos hacen pasar por insensatos al juicio de los hombres del siglo. Porque considerando nosotros que el Hijo del Padre Eterno quiso morir por todos los hombres, à quienes el pecado habia dado la muerte, para que los que él resucita no vivan mas para sí mismos,

sino para aquel que murió y resucitó por ellos; aprendemos con su exemplo à consagrar por la salud de nuestro próximo todo nuestro espíritu y nuestra vida, y à no estimar mas à los hombres segun la carne, esto es, à no considerar ya en ellos lo que eran antes que viviesen en Jesuchristo por la fè, sino lo que deben ser despues que han sido hechos participantes de esta vida celestial. Porque no es verdaderamente Christiano aquel que en vez de vivir totalmente à Dios y por Dios, vive como quando era idólatra, y sigue aún sus intereses, y las cosas exteriores de este mundo. Nosotros hemos conocido à Jesuchristo vestido de un cuerpo sujeto à las enfermedades de la naturaleza humana; pero ahora lo conocemos en el estado de su gloria, en donde ya no está sujeto ni à dolores, ni à la muerte. Y asi como él ha vivido de otra vida despues que resucitó, igualmente debemos nosotros emprender otra totalmente diferente de la que antiguamente tuvimos, despues que de la muerte del pecado fuimos resucitados en él: de la servidumbre del pecado hemos pasado à la libertad de la gracia; y de la severidad de las leyes de Moysés, à la suavidad de las de Jesuchristo. ¿Qué sentimientos no deben mover à nuestros corazones? ¿Qué resoluciones de fidelidad no debemos formar al considerar el exceso de amor que el Eterno Padre nos muestra? Nosotros estabamos enfermos, y él nos curó. Eramos enemigos suyos, y se ha reconciliado con nosotros por medio de su único Hijo, quien por aplacarlo se presentó en sacrificio sobre el altar de la Cruz. Pero no contento de este favor, ha querido que llevamos nosotros la nueva de esta afortunada paz à aquellos que no habian querido escuchar à su Hijo. Pues siendo nosotros

Apos-

Apostoles, somos otros tantos Embaxadores, por cuya boca os exhorta à mudar de vida, à llorar vuestros pecados, à volver à su gracia: habiendo sido su voluntad, que el que era la misma justicia, fuese condenado como culpable por vosotros, y que sin embargo de no haber cometido jamás pecado alguno, muriese como pecador, y fuese la víctima expiadora de todos los pecados del mundo por el mérito de su Sangre.

CAPITULO VI.

ARGUMENTO.

EN este capitulo les exhorta à que reconozcan la gracia de esta reconciliacion, y les muestra que ellos deben ser los Embaxadores, cuya nueva llevan. Les demuestra que los amamantamente; y les ruega à que le vuelvan amor por amor, y à que eviten la conversacion, el trato y los matrimonios con los infeas.

PARÁFRASIS.

PEro no basta saber que Dios se ha reconciliado con vosotros, y que nosotros estamos encargados de llevaros la nueva de esta dichosa paz; sino es preciso tambien que recibais una gracia tan grande con un corazon agradecido, procurando que no quede ociosa en vosotros. Nosotros contribuimos con Dios con la mayor diligencia para ayudaros à producir las obras buenas, que deben seguir y acompañar à vuestra vocacion. Nosotros os exhortamos à que correspondais con una vida santa, por hallarnos en aquella bella estacion, de la qual el Profeta Isaías hablaba asi: *To*

te

te oí en el tiempo propicio y aceptable, y te asistí en los días de la salud. Jesuchristo ha venido para hacernos participantes de sus tesoros. Pues no pasen estos días tan deseados y favorables inútilmente, y sin provecho alguno. Por esto no nos contentamos nosotros mismos con permanecer sin culpa, sino que además de eso apartamos qualquiera sospecha de ella, no dando jamás motivo à alguno ni con nuestras palabras, ni con nuestras obras, aunque en sí indiferentes, ni de escándalo, ni de censurar nuestro ministerio; porque en qualquiera cosa que hacemos, procuramos mostrarnos dignos de la calidad de Ministros de Dios. No nos acobardan las tribulaciones, antes bien sufrimos con paciencia los rigores de la pobreza, las angustias del espíritu, las heridas del cuerpo, las incomodidades, la vergüenza de las prisiones, y el peligro de los tumultos populares, que la predicacion hace levantar contra nosotros. Trabajamos sin cansarnos, ni nos abruma las vigili-
 lias, ni los ayunos. Nuestras miras son honestas, nuestros pensamientos puros, y castas nuestras acciones. Estudiamos continuamente las Escrituras santas, no solo para llenar nuestro espíritu, sino también para instruir à los demás. Nosotros tenemos el espíritu facil y docil, è insensible à las irrisiones, à las contradicciones y à las injurias. Nuestra conducta dá à entender y muestra que somos conducidos y gobernados por el Espíritu Santo: y no abusamos de las gracias particulares que nos ha comunicado, para nuestro provecho ò vanidad. La caridad está en nuestros corazones pura y sincera. Anunciamos el Evangelio de un modo natural y sencillo, sin mezclar opiniones mundanas. Dios fortalece vuestra firmeza. Nosotros nos servimos de las armas de la justitia

ticia, esto es, de las aflicciones y prosperidades, sin dexarnos abatir de aquellas, ni cegar de éstas. El desprecio y veneracion de los hombres, como la buena y mala fama, son para nosotros cosas indiferentes. No hemos dexado de caminar valerosamente por los caminos de Dios, ni de cumplir con nuestro ministerio, porque nos hayan llamado impostores, ni porque nos hayan tenido por veraces, ni porque algunos nos reciban, ni porque otros nos desechen. Nosotros caminamos ácia la muerte; pero sin embargo de esto, aun vivimos. Dios nos castiga; pero no nos mata. Parecemos tristes en nuestros semblantes; pero estamos en nuestro interior continuamente gozosos. Somos pobres; y sin embargo de esto damos à otros no solo los bienes espirituales, sino tambien los temporales con las limosnas que se recogen. Nada poseemos, y todo lo tenemos; porque dandonos vuestra caridad el poder valernos de vuestras cosas por causa de nuestro ministerio, podemos decir que somos ricos. ¡O Corinthios! yo os hablo con libertad; porque la confianza que tengo en vuestro afecto, y el que os profeso, me estimulan fuertemente à que os diga todo quanto juzgo que puede servir á vuestra salvacion. Mi corazon se ha ensanchado, y está tan abierto para acogeros à todos, como lo he acreditado en tantos modos, que me parece puedo quejarme fustamente de que tengais vuestros corazones tan cerrados para mí. Abridlos, pues, hoy; porque siendo vuestro padre, tengo razon para desear que me ameis como hijos míos, para que amandome vosotros, deis mas facilmente crédito à mis palabras y à mis consejos. Ahora mismo me veo precisado à daros uno muy importante. No comuniquéis con los infieles; antes bien

bien huid su conversacion como pestífera; y guardaos sobre todo el contraer matrimonio con ellos. No os obligo à esto sin razon: porque ¿qué union puede haber entre la justicia y el pecado? ¿Qué sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué relacion entre Jesuchristo y Belial? ¿Qué proporcion entre los premios de un fiel, y los castigos de un idólatra? ¿Ni qué semejanza entre el templo de Dios, y el templo de los ídolos? Vuestra condicion, hermanos míos, es mas noble de lo que pensais. Vosotros sois verdaderos templos de Dios vivo; y de vosotros habla en el Levítico así: *Yo habitaré en medio de ellos: en medio de ellos andaré, y será su Dios.* Y en Isaías dice: *Salid del medio de ellos: apartaos y no toqueis à estas gentes inmundas e impuras: si las abandonais, no os abandonaré, sino os recibiré. Yo seré vuestro padre, y vosotros sereis mis hijos y mis hijas.*

CAPITULO VII.

ARGUMENTO.

EN este capitulo prosigue hablando de la pasion santa y ardiente con que los amaba, y de la confianza que tenia en ellos. Se alegra de su enmienda. Propone las señales que acreditan la verdad de su penitencia, y manifiesta la diferencia que hay entre la buena y mala tristeza.

PARÁFRASIS.

EStas promesas nos ensalzan à un alto grado de honor: y así, hermanos muy amados, preparemos para ellas nuestros cuerpos y nuestras almas. Purifi-

quemoslas de toda suciedad, y procuremos llegar à la perfecta santidad por medio de un religioso temor de Dios. Tened à bien que despues de haberos hablado de los intereses de vuestra salvacion, os diga algo para mi consuelo. Abridme vuestros corazones, oidme, y comprehended lo que os digo. Si no he hecho por vosotros cosa alguna que merezca vuestra benevolencia, no hay à lo menos quien se pueda quejar de que lo hayamos ofendido con nuestras acciones, ò engañado con nuestras promesas, ò corrompido con nuestros malos exemplos. No lo digo para convenceros de ingratitud, ni para ofenderos; pues mi afecto no permite siquiera el pensarlo. Ya os he dicho que os tengo en mi corazón. Nada es capaz de apartarme de vosotros, ni quiero solamente ser participante de vuestras prosperidades, sino sufrir tambien con vosotros todo quanto os pueda sobrevenir. Esto es lo que me obliga à hablaros así. ¿Cómo podria yo pensar ofenderos, siendome vosotros un motivo de gloria para con los demás pueblos, y un consuelo en mis penas? Protesto que aunque ha sido muy agudo el dolor que he padecido con vuestros desordenes pasados, ha sido mas grande, sin comparacion, el gozo que he tenido quando recibí la nueva de vuestra enmienda; y à la verdad no me podia llegar en ocasion mas propia; pues me hallaba en Macedonia entre las mas crueles persecuciones que uno se puede imaginar, sin permitirme ni una hora de reposo. Por fuera tenia que temer à los enemigos del Evangelio, y por dentro à mi espíritu continuamente atormentado por los cuidados y las inquietudes de los recién convertidos, de cuya perseverancia dudaba. No tenia otro recurso en este estado que à Dios, cuya causa de-